

Austria, en uno de los primeros discursos de su presidente,—11 de Noviembre,—tenía aún presente, por entonces declinaba la cuestión, según el deseo de la mayor parte de los gobiernos que pedían que se tratara este negocio eminentemente nacional, según la situación particular de cada uno de los Estados alemanes. El emperador hizo expresar, como su más sincero deseo, el que tenía de que se llevara el artículo á cumplimiento, sin retardos inútiles y de una manera propia á su fin elevado en todos aquellos Estados en que aún no se había cumplido.» Esto dijo Austria, pero antes había escrito confidencialmente Metternich al embajador de Austria dándole instrucciones para que se opusiera en redondo á todo proyecto de Constitución.

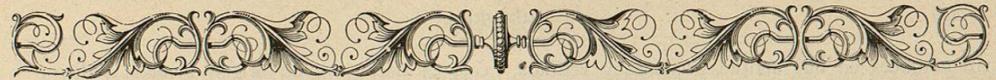
En fin, para terminar con esa Dieta germánica que nunca hizo nada de provecho, ni cuando los comerciantes de Francfort, ni cuando los industriales sajones reclamaron la abolición de las aduanas interiores y el establecimiento de una línea de aduanas fija en la

frontera extranjera, se pudo conseguir más que un despreciativo informe del representante de Hannover, pidiendo sobre la petición lo que hoy llamamos la orden del día, y esto por unanimidad. Cuando luégo por la reclamación de Sajonia se hubo de tratar el asunto con el miramiento que no se quiso tener por una asociación particular, se hizo lo de siempre, crear una comisión para que estudiara el asunto, y como esta comisión había de tomar informes previos de cada uno de los Estados alemanes, y estos no querían la abolición de las aduanas interiores, la cuestión se fué arrastrando hasta conseguir hacer sobre ella el olvido más completo, tanto que la Dieta germánica pasó á la historia sin haber llegado la comisión á dar dictamen.

Era, pues, á los Estados por separado á quienes tocaba hacer lo que la Dieta demostró su incapacidad de poder llevar á cabo, pues esto pertenece á otro período de la historia del siglo XIX y de Alemania.



Viñeta de Chodowiecki



## CAPITULO IX

### PRUSIA Y ALEMANIA DEL SUD

Prusia.—Posición histórica de Prusia frente de Alemania.—Alemania funda sus esperanzas en Prusia.—Primeras esperanzas y su rápido fin.—Federico Guillermo III.—Conducta del rey en su política exterior.—Conducta del rey frente de las reformas interiores.—Influencias extranjeras opuestas á la Constitución.—Hardenberg.—Divisiones profundas entre los amigos de las reformas.—Stein.—La izquierda y la nobleza.—Primeros éxitos del partido retrógrado.—Agitación constitucional de 1817.—Crisis.—Congreso de Aquisgran.—Oposición entre las Constituciones lo mismo que entre los Estados de la Alemania del Sud y los del Norte, las grandes potencias y la Dieta germánica.—Baviera: la Constitución bávara.—El gran ducado de Baden y su Constitución.—Primeras legislaturas de la Dieta del ducado de Nassau.—Primera legislatura de la Dieta bávara.—Primera legislatura de la Dieta badense.—Agitación constitucional en el Gran ducado de Hesse.—El interin constitucional en el Württemberg: 1817-19.—El asesinato de Kotzebue.—Impresiones causadas por la muerte de Sand: juicios sobre él.—Efectos del crimen de Sand.—Los sucesos de Prusia.—Guillermo de Humboldt.—Las resoluciones de Karlsbad.—Las resoluciones de Setiembre de la Dieta germánica: cómo fueron acogidas.—Oposición del Württemberg.—Constitución wurtemberguesa.—Deliberaciones del gabinete de Viena.—Acta final del congreso de Viena.—Ejecución de las nuevas leyes: su introducción.—Persecuciones en Prusia.—Los Estados del reino y el edicto acerca de la deuda pública de 1820.—Los Estados provinciales.—Ojeada sobre lo pasado y lo futuro.

**L**A esperanza que alimentaba Alemania de llegar, bajo el predominio y tras de Prusia, á una potencia política más grande y á una unión más concentrada de las fuerzas de toda la patria, «esta esperanza,—dice Gervinius,—no penetró sino gradualmente en la conciencia de los hombres y sólo desde que la oposición rival entre Austria y Prusia se dibujó de una manera precisa.»

En efecto, durante la época del imperio germánico, mientras por el lado del Este tenían que combatir los emperadores para contener á los eslavos, á los magyares, á los mongoles y á los turcos, en el Norte, era necesario, no solo rechazar á los eslavos que una y otra vez se presentaban á pelear entre Elba y Vístula, sino arrancar este país al paganismo, pues, sabido es que Prusia y Lithuania continuaron siendo paganos, pero de una manera rabiosa, hasta

el siglo XIII, siendo necesario para arrancar á dichas regiones á la superstición, formar una orden religiosa, la orden teutónica que peleaba en el Norte de Alemania contra los paganos, como peleaban los emperadores germánicos en Palestina, esto es, por el triunfo del cristianismo. Tal fué el origen de las marcas de Brandenburg, que al caer en disolución la orden teutónica pasaron á la casa de Hohenzollern, esos burgueses de Nuremberg, cuya política tradicional era la de una fidelidad inquebrantable al imperio y á cada uno de los emperadores.

Cuando las elecciones para el trono de Alemania de 1438 á 1440, los Hohenzollern, vencidos por los Habsburg, tuvieron que adoptar una actitud muy prudente y reservada para escapar á la enemiga de los que habían triunfado y á la de sus poderosos vecinos. El Brandenburg, para con el imperio, se en-

rró entonces en una actitud prudente y retirada, atento y vigilante se mostró para Sajonia que lo amenazaba con absorberle; tímida con la poderosa Suecia y humilde con la batallona y guerrera Polonia. Estos poderosos vecinos, todos dispuestos á caer sobre el pequeño Brandeburg, fué lo que le decidió á unir nuevamente su suerte á la del imperio, no teniendo el imperio grande vasallo más leal que el Elector de Brandeburg. Pero los Austrias declinaban y Polonia avanzaba, y tanto se adelantó Polonia que acabó por absorber la orden teutónica haciéndose nombrar su rey, en 1511, su gran maestro. Esto fué ya un colmo, y los caballeros teutóni-

cos, es decir, los de origen alemán, pidieron á grandes voces que se acudiera en auxilio de las antiguas colonias patrias, de la nueva Alemania, como se llamaba al país prusiano dominado por las colonias fundadas por la orden teutónica. Véase cómo el espíritu nacional alemán se difundía en Prusia por la necesidad de que acudiera Alemania en su socorro.

No fué la Dieta germánica la que salvó á Prusia ó á la orden teutónica de su ruína, de su absorción completa por Polonia, sino un monje rebelde. Fué Luhter quien aconsejó al gran maestro Albert, de la casa de Brandeburg, que debía ceder su puesto al rey de Polonia, que colgase los hábitos monacales



A. KAUFFMAN, pintora alemana

de la orden teutónica como él había colgado los de San Agustín, disolviera la orden y se proclamara duque hereditario, si bien reconociendo la soberanía de Polonia, abrazando el protestantismo; todo lo cual sucedió como deseaba Luther que vio como la Reforma se extendía hasta por la Prusia Occidental sometida entonces á Polonia.

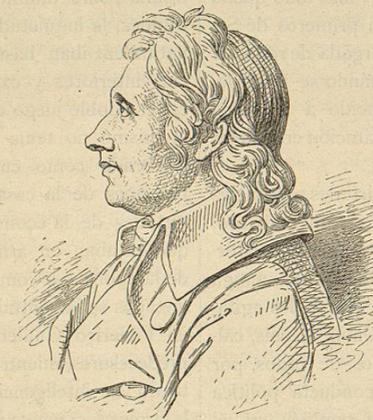
«La Reforma, esta obra de la cultura intelectual de Alemania que lleva, entre todas, el verdadero sello nacional, se hizo desde entonces la protectora de la civilización alemana en el ducado de Prusia oriental,—1525,—cuya unión ulterior con la casa de Brandeburg,—1618-1620,—fué al mismo tiempo preparada por la introducción de la sucesión hereditaria de sus soberanos.» A contar de esta época empieza la obra de reivindicación, digámoslo así, de la orden teutónica contra Polonia que llevó su venganza hasta exterminar la nacionalidad polaca como ya dejamos referido.

Gervinius, al escribir su historia, como todos los

alemanes, estaba indignado por esa política prusiana siempre tan prudente y tan reservada que la compara el gran historiador del siglo XIX, con la del pequeño comerciante que quiere ganar sin arriesgar nada, y ciertamente los prusianos podían decirle á Gervinius que si él mismo cita como modelos de energía á «la orden teutónica, á la Lituania, la Polonia, la Bohemia, la Hungría, la Suecia, que se elevaron á la cúspide del poderío, *para caer inmediatamente después*, más le valía á Prusia haber seguido esa política lenta pero constantemente progresiva que ha dado por resultado, si bien al cabo de algunos siglos, que se realizara el sueño de Alemania de llegar á constituir una gran potencia alemana independiente de toda influencia extraña, con Prusia á la cabeza. Gervinius, que vio á Alemania poniendo la corona imperial en las sienas de los antiguos electores de Brandeburg, hubo de convencerse de que es cierto en política el refrán italiano que dice «que quien va despacio, va lejos.»

Dicho se está que si ya de antiguo se pensaba en el momento en que Prusia, puesta á la cabeza de Alemania, podría elevar á ésta á sus más altos destinos, que al aparecer los franceses sobre el Rhin, y mejor aún al pasarlo, se había de creer esto más que un sueño, una necesidad imperiosa. En efecto, con el siglo XIX aparecen los primeros trabajos para fundar una nueva Confederación germánica, pero las memorias del coronel Massenbach y otras, si no pasaron desapercibidas, no llegaron á crear esa corriente de opinión que es necesaria para imponer soluciones de la índole de la que nos ocupa. Así se recordará que es el mismo Napoleon quien en 1806

indica la conveniencia de formar esa liga, en la que quiere él apoyarse contra Austria y Rusia y que Stein recomendó calurosamente á Federico Guillermo III, que aceptó con no menos calor el plan. Pero como Napoleon no era sincero y ya se recordará de la manera desastrosa como todo acabó, el imperio prusiano no apareció, pero la energía demostrada por Prusia en favor de su independencia, defendiéndola primero valientemente contra Napoleon y luego no escaseando medios de ninguna clase para reconquistarla, lo que le llevó como hemos visto á representar el papel de gran potencia federal, llevando por todas partes, desde los confines de la Prusia occiden-



A. J. CARSTENS, pintor alemán

tal al Rhin, la agitación contra Napoleon, hizo que todos esperaran en Prusia ahora el cumplimiento de su ideal.

Pero nos equivocáramos mucho si, en vista del resultado, creyéramos que Prusia marchó directamente á la consecución de su fin, desde que lo conoció, línea recta y sin vacilaciones. No; para muchos prusianos fué un ideal su hegemonía durante mucho tiempo, y estos, lo mismo que los que no pusieron nunca su mirada tan lejos, no escaparon casi nunca á las impurezas de la realidad. Por esto nada resulta tan fatigoso como la historia de Prusia que puede compararse durante siglos al trabajo de las Danaides.

Así en 1815 cuando Prusia se presentaba como la libertadora de Alemania, para mantener su crédito y asegurarse la opinión de Alemania, no tenía más que organizarse como Estado particular bajo un pié francamente liberal para dar garantías á Alemania entera; y sin embargo, aun cuando en un principio pareció que iba á entrar por ese camino, no tardaron sus hombres de Estado en desviarse de

él, hasta entronizar la reacción y las persecuciones en Prusia, para probar que no le es posible á nadie sustraerse á las corrientes generales de la opinión.

Scharnhorst principió por establecer en 3 de Setiembre de 1814, el servicio militar obligatorio, lo que aún estamos dudando en España si conviene. En Mayo del mismo año habíanse abolido los peajes interiores para facilitar las transacciones comerciales, y si se mantuvo el decreto de emancipación de los siervos de 1815, se continuó dando á la nobleza moratorias para el pago de los impuestos, teniendo en consideración lo mucho que había sufrido en sus intereses durante la guerra. Luego interpretó Prusia, de la manera más liberal posible, el artículo 14 de la Acta federal, que es el relativo á los señores mediatizados, por cuyo medio adquirió Prusia más de doscientos mil súbditos á pesar de no habérselos adjudicados,—21 de Junio de 1815.— Pero en punto á Constitución, si en 1814 y en 1815 se anunciaba su concesión solemne á los diferentes Estados de la monarquía, con más una Constitución

general para ella, Prusia y su rey se dispusieron á cumplir su palabra empeñada, nombrando una Comisión compuesta de representantes de los Estados y de funcionarios reales para redactar el proyecto constitucional, que debía presentarse á últimos de año,—1815,— á la discusión y aprobación de una Asamblea general de la nación, compuesta de representantes de los Estados, y como si se quisiera fijar por adelantado, ó mejor, como si se quisiera conservar fija la atención de Alemania en Prusia, ahora en la obra de la paz, como antes en la de la guerra, en las proclamas reales dirigidas á los sajones anexionados, se decía «que solo Alemania debía ganar lo que Prusia acababa de adquirir;» mas todo quedó reducido á palabras sonoras; ni en primeros de Setiembre se reunió la comisión encargada de redactar la Constitución, ni nadie sabía cuándo se reuniría. Los diplomáticos habían convencido á Federico Guillermo III, que hablar de Constitución era llamar á la puerta de la Revolución.

Federico Guillermo III, cuyas virtudes personales le recomendaban á sus súbditos, era, sin embargo, un temperamento francamente absolutista, por fortuna dominado por la placidez de su alma amiga de las medidas suaves y de calmar todas las agitaciones sin exacerbar ninguna. Calmar al país, calmar las pasiones, calmar los deseos de todos, por opuestos que fueran, esta era la conducta política de Federico Guillermo III, porque también era él calmoso en el pensar y en el obrar. Metternich y Gentz encontraron, por consiguiente, en el rey de Prusia un gran partidario de la política general de pacificación. Esto explica el por qué «miraba con desconfianza el movimiento social, belicoso é intelectual de su pueblo; movimiento que, según confesión de sus adoradores más entusiastas, había producido por sí solo la saludable transformación de las cosas en Prusia. Vea que las bajas capas de la sociedad estaban trabajadas por un fermento, cuyos efectos no quería ver mientras viviera; sentíase mal al observar el trabajo intelectual de la época; hubiera querido contener, con diques, las olas siempre crecientes de la instrucción y restringir el saber de cada clase á los conocimientos necesarios para el ejercicio de su profesión.

«Una cierta disposición á la melancolía atravesaba la bondad de su naturaleza y podía ir hasta al humor hipocondríaco más sombrío y más agudo. Un hombre tan adicto como Niebuhr, impresionado por esas disposiciones del rey, tuvo que lamentarse de haber tenido que hacer el conocimiento del des-

potismo bajo sus formas más groseras,—1823. Comprendió, pues, que el rey tenía necesidad de un círculo de cortesanos flexibles, tales como el príncipe Wittgenstein, á fin de servirle de escupidera «para sus negros humores.» .....A esas personas que no le «incomodaban,» el rey, «deseoso á su vez de no incomodarlas,» les pasaba hasta cualidades que le repugnaban; así ese príncipe tan rígido en el capítulo del orden y de la moral, no se decidía á menudo sino con muchas dificultades á despedir aquellos de sus servidores que resultaban medianos ó corrompidos; por lo general les dejaba que se minasen secretamente. No solo en sus relaciones más íntimas, sino también en los negocios públicos, la timidez, la inquietud y la debilidad excesivas de su naturaleza iban hasta el punto de que, en los negocios interiores y exteriores, le llevaban á representar ese doble juego de la falsedad, de la cual tal vez él mismo no tenía conciencia. Si Mirabeau había celebrado como cualidades características de los príncipes de la casa de Brandeburg, además de las virtudes de la economía y de la sencillez, sus luces que estaban en armonía con la cultura intelectual de la época, así como su firmeza, las dos primeras virtudes se encontraban, ciertamente, representadas en Federico Guillermo III también como en sus predecesores, mientras que las luces se habían cambiado en inteligencia atrasada; y por lo que toca á la firmeza, creemos reconocer en ese príncipe más bien lo contrario de esa cualidad característica de los soberanos de su raza.

»Federico Guillermo III,— dice Gervinius,—es de todos los príncipes de su raza el que se ha mostrado siempre más incierto é indeciso en sus resoluciones, habiendo sido siempre incapaz de enérgicas resoluciones si á ellas no le han materialmente obligado las circunstancias; con un soberano de tal temperamento en momentos de tan graves crisis como por las que pasó la sociedad humana y la política en su tiempo, se comprende, dada su situación preponderante, que fuera mayor la suma del daño que hizo que no la del bien.»

Lo que fué la conducta del rey de Prusia con el exterior y durante la época napoleónica y aun antes, ya lo hemos visto. Vacilando en un principio entre Rusia y Austria, celosa de esta potencia, pero sin poder resolverse á acabar jamás con ella, por no hacer el juego de Rusia; vacilando luégo delante de Napoleon á quien no quería servir y á quien no quería disgustar, atemorizada antes aun de enojar al gran guerrero, y castigada por lo que osó hacer más que por lo que hizo. Münster y Gneisenau tu-

vieron razón de quejarse durante aquellos años de angustia de «la infamia del gobierno de Berlín,» como luégo Stein y demás patriotas tuvieron razón de creer que no se daría jamás desde lo alto el menor impulso á Alemania entera. Dicho se está, pues, que lo que fué Federico Guillermo III en lo exterior, fué en lo interior.

Si para moverlo contra Napoleon, cuando éste se retiraba destrozado de Rusia, fué preciso que Iahn inventara la especie de que se trataba por los franceses de echarle mano, si durante esa época decisiva, como confiesa el delator Ianke, toda la obra de las sociedades secretas consistió en hacer creer al rey de Prusia que le amenazaban grandes y fuertes peligros de los que debía defenderse á toda costa si no quería ser su víctima: ¡á qué invenciones sería ahora necesario acudir para que Federico Guillermo III entrase por el camino de las reformas constitucionales!

«Las inmensas modificaciones políticas de Francia que habían afectado hasta á Rusia,—dice Gervinius,— no habían ejercido la menor influencia en Federico Guillermo. El sentimiento de que era necesaria una transformación interior del Estado, dominaba á todos los espíritus, pero el del rey permanecía perfectamente insensible. Las ideas serviles de los hombres de esta época, por otra parte, ahogaban, en general, la voz de la verdad.»

Si una memoria inofensiva, tal como la que Gentz había enviado al rey en 1797, la consideraba hasta el mismo Goethe como un atentado, ¡qué es lo que el rey no debía ver en proposiciones parecidas, cuando venían de una manera importuna á romper el círculo habitual de sus ideas! «Cuando en la hora precursora de los grandes acontecimiento de 1807, Stein por dos veces hizo un llamamiento al rey para sacar á las clases medias de su sopor político é interesarlas en el movimiento que se preparaba, el rey, incomodado, despidió á Stein: si luégo le volvió la dirección de los negocios, fué porque la necesidad se impuso, y ya hemos dicho que Federico Guillermo III no intentaba luchar nunca con lo que él debía llamar la fatalidad.»

Fué la fatalidad lo que le hizo hacer las grandes concesiones de que hemos hablado durante la guerra para restaurar la moral de su pueblo durante la ocupación francesa, pero tan pronto el país se reacciona y la guerra renace, las reformas políticas cesan. Nada más natural, si esta suspensión hubiese solo obedecido á la necesidad de dar preferentemente la atención á las urgentes y graves necesidades de la guerra; pero no fué así, la guerra más que

razón fué pretexto para dejarse de ocupar el rey de Prusia de las reformas políticas principiadas. A últimos de 1815, ya lo hemos dicho, sólo se había llegado á nombrar una comisión de Constitución que no se había podido reunir.

Pues, así y todo, «las ideas y los votos de Alemania, acerca de la supremacía de Prusia, continuaban fermentando en los espíritus y se abrían paso en los libros y en los diarios, como en los *Rheinische Blaetter* de Weitzel. Esas agitaciones no escapaban á los celosos ojos de Austria, y el gabinete de Viena espantaba al rey con esas imágenes engañosas de la democracia, cuyos planes, decía, podrían según las circunstancias, producir la guerra.

Por lo demás, no era solo Austria la que se sentía inquieta por las agitaciones en Prusia y en favor de este Estado. Las potencias más lejanas que, ya en 1814 y 1815, habían desaprobado el tono que tomaban por todas partes los generales y diplomáticos prusianos, y que, aun en este momento, en ocasión del señalamiento de la frontera occidental de Prusia, se habían quejado de la brutalidad de los funcionarios prusianos, por cuanto sospechaban que esta conducta se apoyaba en una presunción peligrosa de todo el elemento popular en ese Estado; esas mismas potencias, decimos, veían que reinaban en Prusia, en 1815, ideas demasiado liberales y hasta revolucionarias, cuya fuerza impulsiva les inspiraba temores dado caso que pudieran desenvolverse en un sistema representativo. El ministro inglés, á quien sin duda alguna había inspirado aprensiones el gobierno de Hannover, declaró á su embajador, en Berlín, que Prusia tenía que vivir en buena inteligencia con aquellos de sus vecinos en quienes habían tenido menos influencia los principios subversivos, hasta tanto que la situación interior de Francia y la de Alemania del Norte se hubiesen consolidado más; «los soberanos y sus ministros,—añadía,—no eran inaccesibles á esta manera de considerar la política europea.» Hasta qué punto era necesaria esta aserción, es lo que probó, además de Austria, Rusia, esta otra vecina de Prusia. Stein, sabía ya en 1816, cuando su última estancia en Berlín, en donde los hombres del partido de Wittgenstein habían rodeado el emperador Alejandro, que éste había desaconsejado el establecimiento de una Constitución.»

Con razón dice Gervinius después de lo copiado, que si á todo monarca dispuesto á entrar por las vías constitucionales, le hubieran hecho vacilar el recorrerlas, las amonestaciones de tantas potencias amigas para que no lo hiciera; á un rey poco dis-